4.—Los congresos internacionales eran la instancia suprema de toda organización obrera. Elegían a los miembros del Consejo general, componían sus estatutos y se ocupaban de los problemas más vitales de la Asociación. Cada sección tenía el derecho de enviar sus delegados al Congreso; si no era bastante numerosa, podía adherirse a las secciones vecinas para nombrar un delegado común.

Esta vasta y completa organización representaba un encadenamiento completo: los problemas relativos a un solo gremio eran tratados en las reuniones del gremio; los problemas que interesaban a toda una localidad eran tratados en la sección; los intereses de toda una región se deliberaban en las asambleas de la federación y los asuntos que afectaban a todo un país se ponían a consideración en los congresos generales de todas las federaciones obreras de ese país.

En fin, los asuntos internacionales, debían ser tratados por el Consejo general y los congresos internacionales.

Debemos señalar una particularidad de esta admirable organización de la primera Asociación Internacional obrera: su actividad constante y continua.

Empezando por el taller y terminando en el Consejo general, todas las partes de este nuevo organismo, que se llamó "la Asociación Internacional de los Trabajadores," resolvían en una actividad inmediata y perenne sus anhelos hacia una sociedad futura, basada en la justicia y la verdad.

Esta actividad estaba dirigida a un fin que tenía la ventaja de corresponder a los ideales de la clase obrera y de ser al mismo tiempo el resultado inevitable del desarrollo histórico.

De aquí este poder de convicción que tenían los primeros internacionalistas, y de aquí también el acierto con que predijeron que la Internacional sería el modelo del orden social futuro.

La Comuna fué el primer ensayo para realizar las ideas de La Internacional por cierto en condiciones tan desfavorables que su caída trágica era **inevitable.** La Comuna fué compuesta por los consejeros municipales elegidos por los distritos de París. Sus miembros eran responsables y reemplazables. "La Comuna, dice Marx, fué una organización obrera y no parlamentaria, y reunía en sí el poder ejecutivo así como el legislativo. Fueron suprimidos el ejército regular y la policía, estas armas poderosas del gobierno anterior; se dió principio a la destrucción del poder de la Iglesia; se abrieron las puertas de todas las instituciones de educación: la enseñanza se hizo libre en todos los sentidos, libre de la intervención del Estado y de la Iglesia, y gratuita para todos.

Fué suprimida la justicia de clase con su aparente imparcialidad.

Todos los talleres y todas las fábricas cuyos dueños huyeran o se negaran a continuar los trabajos pasaron a la dirección de los trabajadores. (Véase Marx. El movimiento social en Francia del 71).

La Comuna de París hubo de servir de modelo a todos los centros industriales y todas las poblaciones de Francia; la Federación de las Comunas debió ser la forma política de la sociedad nueva. Vencida en una lucha desigual, sofocada en sangre, ha venido a servir de modelo para la primera sociedad organizada como república socialista, en Rusia.

La caída de la Comuna significaba la caída de La Internacional. Se disolvió en 1872 pero sus semillas brotaron en todos los países del mundo.

Minimalistas y maximalistas

No podemos seguir aquí el desarrollo del movimiento obrero hasta que estalló la revolución en Rusia: tomó muchos matices; el tronco es uno; La Internacional; pero las ramas son varias. No desconocemos y no podemos callar todas las divergencias y las discordias que pasaron y pasan en el seno de los partidarios del socialismo, pero tampoco vemos en estas discordias una causa de una posible derrota del socialismo.

Una de estas discordias, sin embargo, debemos tratar, porque nos permitirá analizar mejor el movimiento actual en Rusia. Nos referimos a la discordia que existe entre los minimalistas y los maximalistas.

Ya el manifiesto comunista (año 1874) contiene el programa máximo y mínimo. El programa máximo no deja lugar a discusiones: es la transformación del estado capitalista y de la propiedad privada en un estado de productores basado en el trabajo común y en la propiedad común.

Esta transformación puede realizarse tan solo por una revolución social. Pero una revolución tan magna y tan amplia no puede decretarse, no puede ser el efecto de un golpe de Estado: no se trata de un cambio del

régimen político, sino de un cambio radical y profundo de las relaciones económicas, y la revolución social puede llegar tan sólo cuando las relaciones económicas, por una parte, y la conciencia en la clase obrera, por otra, hayan llegado a su plena madurez.

La atividad de los obreros, dirigida siempre al fin dictado por el programa máximo, tiene, sin embargo, un fin inmediato: este fin inmediato es la lucha por la existencia en el régimen capitalista. El programa mínimo reside en las reivindicaciones inmediatas del proletariado. Un ejemplo instructivo puede ser el programa del partido socialista francés del año 1880, en cuya elaboración tomaron parte Marx y Engels.

Dice el documento:

"Considerando:

"Que la Emancipación de la clase productora importa la de todos los seres humanos, sin distinción de sexo ni de raza; que los productores no podrán ser libres mientras no estén en posesión de los medios de producción (tierra, fábricas, buques, bancos, créditos, etc.); que no existen sino dos formas bajo las cuales los medios de producción puedan pertenecerles: 1. La forma individual que nunca ha existido en estado de hecho general, y que es constantemente eliminada por el progreso industrial; 2. La forma colectiva, cuyos elementos materiales e intelectuales están constituídos por el desenvolvimiento mismo de la sociedad capitalista;

"Considerando:

"Que la apropiación colectiva no puede crearla sino la acción revolucionaria de la clase productora—o proletariado—organizada en partido político distinto;

"Que esa organización debe perseguirse por todos los medios de que dispone el proletariado, incluso el sufragio universal transformado de instrumento de engaño que ha sido hasta ahora, en instrumento de emancipación;

"Los trabajodores socialistas franceses, tomando por objeto de sus esfuerzos la expropiación política y económica de la clase capitalista y la vuelta a la colectividad de todos los medios de producción, han decidido, como medio de organización y de lucha, tomar parte en las elecciones con las reivindicaciones inmediatas siguientes."

Sigue enumerado el programa mínimo que con modificaciones locales está aceptado por todos los partidos socialistas (reducción de la jornada de trabajo a ocho horas, salario mínimo, impuesto progresivo sobre la renta, supresión de la herencia, etc.)

Es fácil ver lo que Marx y Engels consideran como máximo y como mínimo. La expropiación política y económica de la clase capitalista y la vuelta a la colectividad de todos los medios de producción, corresponden al programa máximo; las reivindicaciones inmediatas corresponden al programa mínimo. Para el marxista el mínimo y máximo son inseparables: el marxista es maximalista y se sirve del mínimo tan solo como medio de lucha y de organización.

La separación tan profunda que existe en Rusia entre minimalistas y maximalistas proviene de que durante una revolución socialista, los socialistas consecuentes pueden ser tan sólo maximalistas.

Cuando el poder pasa a las manos de los trabajadores los minimalistas se vuelven los peores contrarevolucionarios, se ponen en primera fila de los que combaten el socialismo, forman parte de gobiernos opositores, solicitan la intervención de los extranjeros y presenciamos este destino trágico de algunos socialistas revolucionarios rusos, como Breschco-Breschcovskaja, Tchaicowsky, Avksientieff y otros que teniendo un pasado glorioso en la historia de la revolución rusa, manchan este pasado entregándose de lleno a la reacción.

Cuando el proletariado, heredero de las cadenas de los esclavos seculares, se levanta contra sus opresores y armas en mano forja su porvenir, quedan al socialista tan sólo dos partidos q' tomar: ir con el proletariado o contra él, y los minimalistas van, en este caso, decididamente contra el proletariado, cuyos intereses pretenden defender.

Etapas de la crísis revolucionaria

Desde los primeros días de la revolución se forma en Rusia un Consejo de Obreros y Soldados. Este Consejo es el representante del proletariado industrial ruso, portador de una fuerza social y moral desconocida hasta ahora en la Historia.

Durante la Revolución Francesa del 89 el proletariado industrial se confundía con los demás grupos del pueblo, y no lanzó o por lo menos no sostuvo, ideales particulares.

Los obreros rusos son en su inmensa ma-

yoría socialistas y lógicamente debieron aportar al Consejo de los Obreros y Soldados aspiraciones e ideales socialistas.

Diez años antes de la Revolución, en un Congreso de los socialistas demócratas rusos, acaecido en Londres, fueron representados por 336 delegados 150 mil obreros organizados. El partido contaba con una entrada anual de 100 mil pesos, y tenía sus ramificaciones en todas las ciudades industriales.

El socialismo ruso, más internacional que el de cualquier otro país europeo, enseña que el estado actual, caracterizado por el trabajo colectivo de los obreros en las minas y fábricas, y la propiedad privada sobre las mismas, debe ser cambiado. Este cambio lo considera como un proceso orgánico y exige un nuevo estado de trabajo colectivo y de propiedad colectiva sobre los medios de producción y transporte.

La relación económica entre el trabajo y el capital se reduce en el orden político a la lucha de clases, de dos clases principalmente, una obrera y otra capitalista.

La política obrera reside, entonces, en la lucha contra la clase de los capitalistas.

Anteriromente a la Revolución, cuando los obreros comprendieron bien que el obstáculo más grande para todo progreso es el régimen zarista, todos los partidos socialistas en Rusia se han impuesto como fin inmediato la destrucción del despotismo. En cuanto al orden, al día siguiente de la Revolución, los socialistas se dividieron en minimalistas y maximalistas.

Sobre el carácter burgués de la próxima revolución en Rusia no hubo divergencias de opiniones en el seno del partido socialista.

Lenin, en la reunión XXIIa. del Congreso en Londres, en el año de 1907, pronuncia un discurso en el que dice, entre otras cosas, lo siguiente:

"Aún la victoria más completa de la revolución contemporánea, quiero decir, la conquista más completa de una república democrática y la confiscación de toda la tierra de los nobles por los campesinos, no tocará los principios de la construcción social burguesa. La propiedad privada sobre los medios de producción quedará. Las contradicciones de la sociedad capitalista, y la principal de ellas, la existente entre el trabajo asalariado y el capital, no sólo no se anularán sino que se volverán más profundas y más agudas."

La discusión no se refería al carácter de la próxima revolución, que los bolsheviqui y los menscheviqui consideraban como eminentemente burguesa.

Los menscheviqui sostuvieron que el poder durante la revolución burguesa debe estar en las manos de la burguesía misma.

Los bolsheviqui, al contrario, insistieron en que el poder durante la revolución burguesa debe estar en manos del proletariado.

La burguesía, afirma Lenin, no puede ser ni el motor principal ni el leader de la revolución. Sólo el proletariado puede llevarla (es decir, la revolución burguesa) hasta la victoria. Esta victoria será posible si el proletariado es capaz de arrastrar consigo a la mayor parte de los campesinos.

Como se ve, en el Congreso de Londres, diez años antes de la Revolución, ya se delinearon perfectamente las normas de conducta que iban a seguir en la Revolución esperada por todos: los bolscheviki lucharán por el poder, los menscheviki dejarán el poder en las manos de la burguesía o entrarán en un compromiso con los partidos burgueses, pero en ningún caso aceptarán el poder íntegro.

También Trotzki se revela en este Congreso como un candidato para futuro miembro activo de los Soviets.

En la sesión XXIIIa. del 25 de mayo de 1907, dice:

..."Sólo el proletariado es el pretendiente histórico sobre el poder revolucionario durante la próxima Revolución. No se trata de una dictadura socialista, sino de un gobierno que se apoya directamente sobre el proletariado y los campesinos revolucionarios."

"Tal vez el destino prepara al proletariado la derrota, como cayó la democracia jacobina en Francia durante la Revolución del 89, pero afirmo con toda energía que la victoria de la Revolución es posible únicamente como una victoria del proletariado, o es absolutamente imposible."

Estas aclaraciones tal vez permitirán comprender mejor el jiro que toman los acontecimientos en Rusia.

El 20 de mayo de 1917 el comité de Obreros y Soldados resuelve que sus miembros deben tomar parte en el Gobierno Provisional. Es una fecha histórica. Termina el po-

der exclusivo del partido constitucionalista demócrata, y así lo entiende también su leader Miliukoff que sale del Ministerio por no querer tener a su lado a los representantes Obreros.

Los días, desde el 1o. de marzo hasta el 20 de mayo, forman así todo un período, bien caracterizado en la Revolución; el 20 de Mayo empieza un período nuevo: los Obreros comparten con los partidos burgueses el poder del Estado.

Seis socialistas forman parte del gobierno provisional, entre ellos Zereteli, de la minoría del partido socialista-demócrata, antiguo miembro de la II Duma, Scobelev, también de la minoría del partido socialista-demócrata, Tchernoff, el leader de los socialistas-revolucionarios, y Peschejonoff del partido socialista popular. Kerensky ocupa el Ministerio de Guerra y Marina.

Este segundo período de la Revolución, que dura desde el 20 de mayo hasta el 25 de Octubre, es poco estable, y Kerensky no es capaz de sostenerse en el poder. Alrededor de su nombre se formó una leyenda. Todos los acontecimientos se referían a su persona. En realidad no existe en la historia un movimiento popular donde el papel de la personalidad sea tan secundario como en la Revolución actual; Kerensky era en Rusia el representante genuino de la Democracia y los bolsheviquis se declararon sus enemigos desde el primer momento.

No fué Lenin quien trajo consigo el combustible para encender la guerra civil en Rusia. Lenin es el leader reconocido de la mayoría del partido socialista-demócrata (los bolsheviqui) durante 25 años. Los afiliados de los bolsheviquis eran muy numerosos, sobre todo dominaron en Petrogrado y siguiendo su programa, que sostuvieron ya en el Congreso de Londres, desde el primer momento de la Revolución abogaron por el pleno poder. Todo el poder a los Consejos de Obreros y Soldados fué su lema.

Ya en la conferencia del 4 de abril de 1917 del partido socialista-demócrata, Lenin critica al gobierno provisional, y a las aspiraciones democráticas del mismo opone su ideal socialista comunista. Los acontecimientos internacionales que principiaron la Revolución maximalista en toda Europa, y el hecho de que los trabajadores estando en el poder pueden usarlo tan sólo en interés de su clase y no de la burguesía, hicieron a Lenin y su partido admitir que en Rusia es posible realizar ahora mismo el programa máximo del socialismo.

La señora Kolotai, aboga tan sólo por la unión de aquellas fuerzas que se creen capaces de realizar ahora mismo la Revolución social.

A la bandera democrática de Kerensky se opone la bandera socialista de Lenin. Kerensky y Lenin no son más que los representantes genuinos de dos ideas-fuerzas: la democracia y el socialismo.

En los momentos de vida intensa, como la que pasa Rusia, cuando un año es un siglo, nada se toma a plazos: los que son partidarios de la conquista inmediata del socialismo, se consideran a sí mismos socialistas verdaderos; los que hablan del socialismo para el día de mañana, los que piden una tregua, son demócratas y enemigos del socialismo.

La primera tentativa de apoderarse del poder que emprenden los bolscheviqui el 3 de julio, fracasa, pero con una energía inaudita siguen la propaganda y hacen sus preparativos que cuatro meses más tarde ponen el destino de Rusia en sus manos.

Dos objeciones a la revolución rusa

El tercer período de la Revolución rusa, que empieza el 25 de octubre de 1917, se caracteriza por su faz netamente socialista. Antes de pasar a la consideración de la obra revolucionaria de los Soviets, deseamos examinar dos objeciones que se hacen en contra del socialismo en Rusia. La primera es de orden moral, la segunda de orden histórico. La primera está dirigida contra el terror, la segunda contra la posibilidad de implantar un orden nuevo en las condiciones actuales.

El "problema del empleo de la violencia" es seguramente uno de los más graves que se plantea a la humanidad. La voz inmediata de nuestra conciencia la condena en absoluto. Comprendemos todo el alcance que tiene la ley moral: "amad a todos los hombres." Debemos, sin embargo, reconocer que nuestro criterio es distinto cuando se trata de apreciar la violencia como un acto histórico. Desde luego, si la condenamos, condenamos también toda la historia de la humanidad. ¿Qué ha sido ésta sino la guerra, el exterminio de los semejantes, la esclavitud, la miseria y un terrorismo continuo empleado por unos pocos en contra de la inmensa mayoría del pueblo? Pero condenar

no es comprender, y condenando los hechos históricos perdemos la capacidad de comprenderlos y de darles una interpretación adecuada. Lanzar gritos contra el terrorismo maximalista, cuando la tierra todavía está húmeda de la sangre de millones de trabajadores, víctimas, según la explicación vulgar y cómoda, de la maldad alemana, víctimas en realidad del régimen capitalista con sus ejércitos permanentes y los armamentos progresivos, es por lo menos una hipocresía. Ttanto más habla a favor de los trabajadores rusos el hecho de que una gran parte de las violencias atribuídas a los Soviets, falta a la verdad.

Lenin, en un discurso pronunciado el 28 de Abril en Moscú, desacredita los rumores que circulan sobre el terrorismo de los bolsheviqui, indicando su verdadero origen: "Hemos heredado muchos elementos perversos del régimen antiguo. Estos elementos son capaces de todo, hasta del crimen. Se precisa una mano férrea para eliminarlos."

Marx, refiriéndose a la primera Revolución Obrera del 71, constata el hecho siguiente: "En todas las revoluciones, al par de los verdaderos representantes, se destacan hombres de índole distinta: son los héroes de las revoluciones anteriores que no comprenden el sentido del movimiento actual, o son simples charlatanes que año tras año repiten los mismos ataques contra el régimen existente adquiriendo fama de revolucionarios. Hombres como éstos han surgido también después del 18 de marzo; son un mal inevitable, libertarse de ellos sólo es posible con el tiempo."

¡Como si hablara de los tiempos presentes en Rusia!

Y el terror verdadero viene por parte de estos héroes del movimiento revolucionario anterior, que forman gobiernos provisionales con los ejércitos invasores en Arjangelok, en Siberia, en los Montes Urales, que impulsan a Dora Kaplan al asesinato de Lenin, que matan a Uritzky, comisario del pueblo, y que conspiran constantemente contra el régimen socialista, cuyos primeros profetas fueron ellos mismos.

La segunda objeción que se hace comúnmente contra el maximalismo, es que "no es realizable en las condiciones actuales."

Rusia no es el país atrasado, semibárbaro, como comúnmente se piensa: desde hace muchos años entró de lleno en la fase capitalista. Las grandes industrias de Rusia son comparables con las de Alemania y Bélgica.

El tipo del capitalismo, el ritmo de la evolución, es más bien americano que europeo. Así, v. gr., mientras que la producción de hierro aumenta en los años 1890—1900 en 58 por 100 en Francia, en 13 por 100 en Inglaterra, en 6 por 100 en Alemania, en el 78 por 100 en los Estados Unidos, este aumento es de 220 por 100 para Rusia (Alexinsky, La Rusia moderna).

Según el censo de 1897 existían en Rusia siete millones (sin contar los obreros, domésticos) de trabajadores asalariados, los que componían con sus familias una cuarta parte de toda la población rusa. La cantidad total de obreros asalariados es, según los cálculos de Feodoroff, de Lenin y de Pogogeff, sensiblemente superior a la cantidad de asalariados en Francia (del censo del 91) y de Alemania (del censo del 95).

El desarrollo industrial de Rusia, se aproxima por la cantidad de sus asalariados al de los Estados Unidos.

Y el resto de la población, los campesinos en su mayoría, son más proletarios que los proletarios mismos.

El labriego ruso, proveedor de cereales para una parte del mundo, se muere de hambre. Su pobreza va acompañada de sus bestias-hermanas: la ignorancia, las enfermedades, la degeneración. Sin embargo, no es por ignorancia que el campesino no puede elaborar su campo: su propiedad es tan reducida que toda su labor no basta a veces para pagar los impuestos del Estado.

De esta injusticia, de esta "hambre de tierra" se quejan en Rusia todos, desde Tolstoy hasta el último "mujik."

No puede extrañar, por lo tanto, que la inmensa mayoría de los campesinos apoye el régimen de los Soviets, mejor dicho, forme parte integrante de ellos, como lo demostraremos más adelante.

La fuerza de la clase obrera no está tan sólo en relación directa con el desarrollo industrial, sino que lo supera en cierto grado: (Kautzky, "El obrero ruso y americano," 1906); los capitalistas son en su mayor parte extranjeros y no ha podido formarse una clase capitalista tan poderosa como en otros países europeos y americanos.

La clase obrera rusa, homogénea, organizada ya en la Revolución de 1905—906, llena de "romanticismo revolucionario," cons-

ciente de su poder al derribar el despotismo en pocos días, vencedora frente al Gobierno Provisional que representaba la democracia, —un orden de cosas con una justicia curiosa: "libertad sin pan para todos,"—no hace nada que merezca llamarse utópico" cuando proclama la primera república socialista del mundo.

La obra revolucionaria de los Soviets.—Liquidación de la guerra con Alemania.—Disolución de la Asamblea Constituyente.—Implantación de un régimen socialista en Rusia

Los grandes movimientos humanos, sean religiosos, sean políticos, siempre necesitaron de grandes ideales. Sacar a los hombres de sus moradas, echarlos a la calle, llenarlos de energía, conducirlos a la hoguera o a la guillotina, sólo han podido hacerlo ideales que se consideraron los más sublimes de cada época.

Así fué el ideal cristiano en su tiempo; el ideal de libertad, fraternidad e igualdad en el 89; y así es hoy el ideal colectivista que conduce a las masas obreras.

Hay que reconocer que los grandes ideales de la Revolución Francesa fueron bastante manchados por los acontecimientos del último siglo: la libertad prometida resultó ser una libertad para los ricos y sumisión para los pobres, la igualdad resultó una palabra hueca, y la fraternidad tomó el mismo camino de sus pobres hermanas.

En el curso del último siglo la humanidad se forjó un ideal nuevo, el colectivista. Imposible negar este hecho. Y la realización de este ideal parece tan inevitable como cualquier fenómeno de orden físico u orgánico.

No podemos por ahora revisar los acontecimientos de Rusia durante el régimen de los Soviets en su orden cronológico, por falta de datos. Indicaremos los hechos más salientes.

1) "El primer paso de los Soviets es la liquidación de la guerra con Alemania."

Rusia pagó su tributo a la guerra mundial con cinco millones de muertos y varios millones de heridos. Durante tres años sostuvo una lucha contra los imperios centrales en condiciones mil veces peores que sus aliados. En el proceso de Sujemeinoff, ex-ministro de la guerra, se ha comprobado que el soldado ruso se alimentaba y vestía mal, que en muchos regimientos quedaba descalzo, el armamento era pésimo y con frecuencia faltaba aun el fusil, y con sus brazos y sus dientes luchaba contra un enemigo poderoso.

La traición cundía durante el régimen corrompido del último zar; y Miasciedoff—el Judas del ejército ruso—era amigo personal del ministro de guerra.

Sólo por el poder de resistencia y la abnegación del soldado ruso se puede explicar el hecho de que hubiesen podido sostenerse tanto tiempo contra las divisiones armadas del enemigo.

Pero todo tiene su fin y el ejército sucumbe material y moralmente antes todavía de que estalle la Revolución.

El ejército que la Revolución hereda del antiguo régimen es un cadáver, y nada en el mundo es capaz de devolverle la vida.

Este ejército, falto de ideales, fué reunido para defender al zar-padrecito, se dejaba llevar como un rebaño al campo de batalla, soportando el hambre, el frío, mataba y se dejaba matar.

De pronto se derrumba el trono del zar.

La venda, como por milagro, cae de los ojos del soldado. El zar resulta ser un simple mortal, que, perdido el trono, ansía las flores.

¿Por quien luchar ahora? Los ideales del socialismo no son muy profundos en el ejército, y sin patrón a quien servir, sin la conciencia clara de su propio interés y del de la nación entera, el ejército se disuelve como la nieve se derrite bajo los rayos solares. Testigos ahora del derrumbamiento de un ejército que tuvo en jaque al mundo entero durante más de 4 años, comprendemos lo inevitable que ha sido la paz de Brest-Litovsk.

Los Soviets reconocen que la paz de Brest-Litovsk no es conveniente para Rusia, pero también saben apreciar la situación internacional, se dan cuenta de que la paz no es duradera y sólo buscan una tregua para poder organizarse y cumplir aquella obra creadora que es necesaria para que la República, socialista de nombre, se vuelva una República socialista de hecho.

2) "Los Soviets disuelven la Asamblea Constituyente."

El día de su disolución la Asamblea Constituyente no tenía quórum: no había más

que 109 diputados presentes, pero, el resultado de las elecciones, hechas todavía durante el régimen de Kerensky, demostró la capacidad de la Asamblea de reunir a todos los enemigos de los Soviets, inclusive el partido de los socialistas revolucionarios.

Los soviets obtienen una victoria completa en las elecciones municipales y consideran que representan a la mayoría del pueblo.

En realidad, la opinión general ha cambiado en los últimos meses, hasta tal grado que la Asamblea Constituyente no encuentra apoyo suficiente ni aún entre los campesinos: en el Congreso Panruso de los delegados campesinos, tan sólo 160 votos se pronuncian a favor de la Constituyente en contra de 321 votos, que piden la disolución.

No cabe duda de que en nuevas elecciones si hubiesen sido decretadas, los Soviets hubieran obtenido la mayoría, pero el destino de la Historia fué dar a la Constituyente el papel que tuvo en la Revolución Francesa.

3). "Los Soviets se organizan y toman las medidas necesarias para implantar el régimen socialista en Rusia."

Los órganos del poder de la República Socialista Federal Rusa son:

1.—Los Soviets locales.

2.—Los Soviets de distritos, gobiernos y regiones.

3.—Soviets de diputados.

4.—El Comité Central Ejecutivo.

5.—Congreso de los Soviets departamentales (de "Volost"), de distritos, de gobernaciones y regionales.

6.—Los Congresos panrusos.

Lo que llama en alto grado la atención es la semejanza que existe entre la organización de los Soviets y de la Internacional.

Los Soviets locales equivalen a las Secciones de la Internacional.

Los Soviets de distritos, gobiernos y regiones a los Consejos Federales.

El Comité Central Ejecutivo al Consejo General, y los Congresos Internacionales a los Congresos panrusos.

1). Los órganos del poder sovietista de región, de gobierno, de distrito y de volost, y los Soviets de diputados tienen las atribuciones siguientes: a). Ejecución de todos los decretos dados por los órganos superiores del poder sovietista. b) Adopción de todas las medidas apropiadas para el desarrollo de la vida cultural y económica de su circunscripción. c) Solución de todos los asuntos que sólo tienen interés local. (Capítulo XII, 61, de la Constitución rusa).

2) El poder supremo de la R. S. F. S. pertenece al Congreso Panruso de los Soviets. (Capítulo VI, 24, de la C. R.).

3) El "Comité Central Ejecutivo" elegido por el Congreso Panruso, es el órgano legislativo y el órgano supremo de inspección de la R. S. F. S. (Capítulo VII, 31).

Constituyen las atribuciones del Congreso Panruso y del C. C. E., todos los asuntos de interés general; ratificaciones, modificaciones y adiciones a la Constitución, dirección general de la política interior y exterior... declaración de la guerra y conclusión de la paz,... determinación de las bases y del plan general de la organización económica del territorio de la R. S. F. S., organización de la justicia civil y criminal, derecho de amnistía general o limitada, etc. (Capítulo IX, 49—52, de la Constitución rusa).

4) El "Consejo de Comisarios del pueblo" queda organizado por el Comité Central Ejecutivo. Las comisarías del pueblo son: 1a Negocios extranjeros; 2a. Guerra; 3a. Marina; 4a. Interior; 5a. Justicia; 6a. Trabajo; 7a. Seguro social; 8a. Instrucción; 9a. Correos y Telégrafos; 10a. Asuntos de las nacionalidades; 11a. Hacienda; 12a. Vías de comunicación; 13a. Agricultura; 14a. Comercio e Industria; 15a. Abastecimiento; 16a. Inspección de Escuelas; 17a. El Consejo Supremo de Economía Nacional; 18a. Higiene pública.

Corresponde al "Consejo de Comisarios del Pueblo" la dirección general de los asuntos de la R. S. F. S. Para ello el consejo da decretos, órdenes, instrucciones y adopta en general todas las medidas necesarias para asegurar el curso regular y rápido de la vida del Estado. (Capítulo VIII de la Constitución).

Encontramos en los Soviets este encadenamiento completo de que hemos hablado más arriba, refiriéndonos a la organización de la Internacional, que dió así el modelo para un orden social nuevo, como lo han previsto y predicho sus primeros fundadores.

La "dictadura del proletariado" viene a ser una autonomía: el pueblo ruso se dirige a sí mismo desde su célula—un pueblito

rural—hasta sus órganos más complejos: el Comité Central Ejecutivo y el Congreso de Comisarios, están en relación de actividad y vida. Difícil es imaginarse una organización más perfecta, por lo menos para una época de transición.

Donde la dictadura efectivamente se pronuncia, es en el derecho de votar.

No pueden elegir ni ser elegidos: los que perciben rentas de trabajo ajeno; los que viven sin trabajar (rentistas, industriales, terratenientes, etc.); comerciantes y comisionistas, monjes y sacerdotes de los diferentes cultos y agentes del antiguo régimen (miembros de la familia ex-reinante, la policía, etc.). (Capítulo XIII, 64—65 de la Constitución).

No hay ninguna razón de alarmarse por esta aparente injusticia. Una ley orgánica de la nueva República, dice: "Quien no trabaja, no come." Cuando todos aquellos que hoy no trabajan, trabajan mañana, tendrán todos sus derechos políticos.

Finalidades perseguidas por los Soviets

¿Cuáles son los fines que persiguen los Soviets?

Lo explica claramente la Constitución rusa decretada en el III Congreso, y legalizada en el V Congreso Panruso el 5 de Julio.

Estos fines son: "suprimir toda explotación del hombre por el hombre: abolir definitivamente la división de la Sociedad en clases; realizar la organización socialista de la Sociedad y hacer triunfar el socialismo en todos los países. (Capítulo II, 3 de la Constitución).

Las medidas tomadas por los Soviets para conseguir los fines perseguidos, son las siguientes:

a) Queda suprimida la propiedad privada de la tierra; todas las tierras se declaran propiedad nacional y son entregadas a los trabajadores sin ninguna clase de indemnizaciones sobre la base del goce de ellas por todos;

b) Los bosques, el subsuelo, las aguas, todo el ganado y todo material, así como las propiedades y empresas agrícolas, se declaran propiedad nacional;

c) Se dan los pasos necesarios para la transferencia de las fábricas, de las minas, de los ferrocarriles y otros medios de producción y de transporte a la República Obrera y campesina de los Soviets;

d) Se anulan los empréstitos lanzados por el Gobierno del zar;

e) Todos los Bancos pasan al Estado;

f) Se establece el servicio obligatorio. (Capítulo II, 3 de la Constitución).

La República socialista resuelve el problema de las nacionalidades antes que se forme la "Liga de las Naciones," proclamada por Wilson.

La República rusa de los Soviets queda fundada sobre el principio de la libre unión de naciones libres y constituye una Federación de repúblicas nacionales de Soviets. (Capítulo I de la Constitución).

La dictadura del proletariado, en la forma definida por la Constitución, se establece para el período de "transición actual con el objeto de suprimir la explotación del hombre por el hombre y de hacer triunfar el socialismo "bajo cuyo régimen no habrá división de clases ni poder de Estado" (Capítulo V. 9).

La victoria de la revolución rusa sólo es posible como la victoria de una nueva Internacional de los trabajadores del mundo entero.

El socialismo no puede realizarse en un sólo país. Lenin se da perfectamente cuenta al respecto. En diferentes ocasiones dice y repite: "Sin el apoyo del proletariado internacional estamos perdidos."

Pero Lenin prevé que el proletariado se pondrá decididamente al lado de los trabajadores rusos. Los acontecimientos que siguieron al armisticio le dan la razón: una Revolución de carácter sovietista estalla en Alemania.

Y ahora no se trata ya de una lucha entre los restos del feudalismo y la democracia, sino entre la democracia y el socialismo. Wilson y Lenin van por caminos distintos. La victoria de uno significa la derrota del otro.

Y si el maximalismo, que tiene muchos adeptos en Francia, llega a triunfar allí como en Rusia y Alemania, su marcha triunfante en el mundo entero será irresistible.

No pensamos que la revolución socialista dará la paz y la quietud al hombre. Problemas viejos y problemas nuevos atormentarán su espíritu, buscará ansiosamente en la

En algunos departamentos de nuestra vida colectiva la autonomía se ha llevado a cabo. La sociedad médica, la de los clérigos y la de los abogados por ningún concepto renuncian al derecho de nombrar sus propios oficiales. Algún tiempo atrás los médicos de la Gran Bretaña se declararon en huelga para protestar de la intervencion de extraños en sus principios de autonomía. Estas son pruebas de valor e indican cuál es el camino que deben seguir los obreros para llegar a la emancipación. Deliberación, responsabilidad, autonomía en la industria no son más que pasos dados hacia la meta de la verdadera autonomía en la expresión; y con esto quiero significar la manera de que un hombre puede revelar su personalidad por medio de su labor manual.

De colaboración

Socialismo en Colombia.....

LOLA COLLANTE

Con posterioridad a la fecha en que fué escrito este artículo, hemos tenido ocasión de notar que en Colombia se ha iniciado ultimamente un movimiento inteligente y activo en pro de las nuevas doctrinas que han de modificar el estado social existente. En Bogotá se ha fundado un periódico que se titula "El Socialista" órgano del elemento obrero y de Popayán, de la histórica Popayán, conservadora y tradicionalista, nos viene, aunque con irregularidad sensible, un pequeño semanario muy simpático, valiente y regularmente orientado, en el cual hemos leído con muchísimo gusto, algunos artículos de indiscutible interés. — Especialmente ha llamado nuestra atención una conferencia del Doctor, Marceliano Valencia, publicada en el número 11 de "La Ola Roja", título sugestivo y revolucionario del semanario aludido sustentador de las ideas avanzadas. Hacemos pues, con gusto esta rectificación en homenaje a los todavía escasos, pero por lo mismo arrojados adalides colombianos del nuevo Evangelio, del humanista Evangelio de la humanidad de la bondad y de la fraternidad, llamado a convertir este valle de miserias, de rapiñas y de sangre, en un mundo nuevo donde tengan asiento la alegría, el amor y el bien.

CUANDO a mediados del año actual ocurrieron algunas huelgas en Colombia entre los empleados del ferrocarril de Girardot y los de la Empresa del tranvía de Bogotá, vibró timidamente allí la palabra socialismo, mas pronto se disolvió en el ambiente hermético de casi toda la República. Después vibró de nuevo la palabra a propósito del Personero Municipal de Girardot a quien los periódicos censuraban acremente sindicándolo de *socialista*, asi como a la mayoría de los miembros del Consejo Municipal de allí. Cuando se debatían todas estas cuestiones convertidas en el plato fuerte del día por los periodistas colombianos, una voz de apóstol, la voz de un escritor connotado se alzó para decir solemnemente: "El problema social no existe, no puede existir en Colombia. Cómo puede hablarse de socialismo en Colombia en donde no se paga usufructo de tierras a ningun particular y en donde cada campesino labra su pedazo propio de tierra y recoge sus frutos"? La prensa (lo he leído en periódicos sensatos como La Nación de Barranquilla) asintió francamente convencida por las luminosas palabras del apóstol. Lo decía un consagrado de la pluma y del pensamiento y ningún periódico osó golpear siquiera ligeramente, esas palabras para descubrir si producían resonantes oquedades. A mi me hicieron gracia esas declaraciones porque pensé que si eran sinceras, revelaban un desconocimiento completo de los problemas sociales y del medio y sinó, esas frases estaban escritas para un público tonto, a semejanza de ciertos sermones que se facturan para los ignorantes y se dicen a grandes voces, mientras interiormente hay una pícara voz que está diciendo otras cosas. El problema social es tan hondo, tan intenso en Colombia, que a primera vista no se puede sondear ni apreciar. En tanto que en otras naciones los obreros se agremian y forman instituciones prácticas y se preparan para reclamar sus derechos, en Colombia el obrero, el arriero, el labriego apenas si son seres conscientes. En Colombia se vive en pleno siglo XVIII en la altiplanicie y en casi todo el Interior, y en las Costas, al margen de una civilización burguesa, creada por la intensidad del movimiento comercial y por el contacto permanente con gente de diferentes nacionalidades. Bogotá, señorial y medioevalesca, permanece nimbada bajo el prestigio del calembour fino, del chiste incisivo, de los escándalos discretos, de la religión católica elegante y perfumada, de los debates interminables y líricos en las Cámaras y en el Senado, de los poetas neuroticos, de la bohemia astrosa

y hasta de los **emboladores** despiertos como aquel Gavroche de Los Miserables. Apenas si un grupo de periodistas valientes y decididos dice, dentro del medio, algunas verdades o señala males regionales; algunos de ellos han sido puestos en la picota por las autoridades judiciales, pero aun esos pertenecen al grupo LIBERAL AVANZADO y sustentan o combaten los antiguos credos de conservatismo y liberalismo; pero no se dedican a hacer obra de humanidad. Si el problema social no existièra en Colombia, habría fábricas de tejidos, de medias, de hilados; habría empresas harineras, ingenios de azúcar, explotación de minas, cafetales inmensos y ganaderías fabulosas que representan capitales considerables, hechos a base de la explotación del trabajo? Esos mismos campesinos que roturan la tierra y perciben sus productos, trabajan realmente para sí o laboran para el comerciante que los hace pagar el doble si no el triple del valor de los artículos que forzosamente tienen que consumir? Hay una justa balanza entre lo que percibe el dueño y señor de cafetales, que exporta grandes cantidades del aromático grano y cuyo producto es siempre por lo menos diez veces mayor que el que recibe el campesino o peón empleado en recolectar el fruto maduro bajo el sol implacable, hace la separación de las clases y procede al empaque, etc.. etc.? Seguramente no. Pero a este desinvel en que las clases inferiores están colocadas, los periodistas, los literatos de Colombia no le aplican el calificativo de problema social. Que un obrero cae de un andamio, mientras levanta piedra a piedra la mansión de un magnate y pierde la vida, dejando en la orfandad a sus hijos y a su mujer? ESO ES NATURAL! El magnate, en un gesto que la Prensa aumenta, corrige y ensalza, hace los gastos de entierro y envía un regalo a la viuda para que compre los vestidos de luto. Que los obreros de las fábricas de tejidos sufren a cada paso accidentes que los inhabilitan para el trabajo? ESO ES NATURAL TAMBIEN. El señor Gerente de la fábrica no se digna preguntar siquiera por qué faltó y el obrero tiene qué implorar la caridad para curarse. Que en las fábicas de camisetas de punto las obreras entran al trabajo a las siete de la mañana y salen a las cinco de la tarde, doblegadas todo el día sobre las máquinas para alcanzar el máximum de la tarea y de consiguiente el máximum del salario que es de cincuenta centavos por día? ES NATURAL. Los señores dueños de las fábricas pueden, como lo hacen, fundar sociedades benéficas, ser caballeros del Corazón de Jesús y sus esposas pertenecer a la Asociación de Madres Católicas, sin que la paz de sus conciencias puras se altere. Y a todo este orden de cosas, a todos estos crímenes más horribles que los que la ley castiga, como son silenciosos y obscuros, están aceptados y tolerados por la sociedad y los apóstoles del pensamiento los encuentran lógicos y naturales. Porque nadie quiere comprender estas injusticias, porque el agio y la usura endurecen los corazones y adormecen las conciencias, porque los labriegos, obreros y arrieros colombianos viven en la más dolorosa obscuridad mental, en Colombia no hay, no puede haber problemas sociales. Cuando en un día quizá lejano, los hijos de los hijos de estos obreros, empiecen a comprender, o cuando por oleadas les llegue de fuera la manera civilizadora y redentora, entonces se sabrá si hay hondos problemas sociales en Colombia y si la voz de los falsos apóstoles podrá contener el bravío empuje de los genuinos hijos de la libertad y del derecho.

Buena orientación

J. M. BLASQUEZ DE PEDRO

Mientras subsista el régimen capitalista, los trabajadores nada pueden ni deben esperar de los poderes estatales, sean los gobernantes blancos, negros, amarillos, azules o verdes. El Estado, todo Estado que se cimenta en la propiedad privada, es por su origen, por su esencia y por su naturaleza el obligado y lógico servidor de la burguesía; y en consecuencia ineludible, el enemigo y opresor más o menos declarado, más o menos violento de las clases productoras.

Por eso la política sirve sólo para desviar las energías, adormecer el descontento y contener las rebeldías de los elementos obreros. Una experiencia de siglos, sin excepciones y sin truncamientos, lo evidencia sobradamente. Cuando los obreros caen en los cenegales políticos, desconocen o abandonan la lucha de clases, rumbo único que puede conducirles a su plena emancipación. Debatirse por que gobiernen estos o aquellos, a base de capitalismo, dentro del desbarajuste actual que se atreve a llamarse orden, es lo mismo que pelear por que nos zurren con un látigo, con un palo, o

con una barra de cualquier metal, incluso el oro. Por lo que debemos, por lo que merece la pena de bregar y afanarnos, es por no ser jamás vapuleados por nadíe, con ningún instrumento, de ninguna manera.

La Federación obrera de Panamá, constituida con la denominación de "Gremios Unidos", es la primera y la sola entidad de las fuerzas proletarias bien fundamentada y orientada en este país. Y lo es en considerable proporción, precisamente porque ha querido y ha sabido prescindir de la política.

Esa laudable y atinada táctica suya de abstencionismo político, es lo que le ha permitido dar pruebas de vida y actuar en los problemas sociales, celebrando una muy lucida y numerosa manifestación y presentando una solicitud al Presidente de la República, en relación con el urgente abaratamiento de las más indispensables subsistencias, en la noche del 24 de Julio de 1920.

Tales hechos significan iniciativa, decisión, actividad, cosas todas sin duda estimables, que deseo continúen siendo ejercitadas, para que nunca ya dejen de dar sus adecuados y sucesivos frutos, en provecho de la gradual ascención y capacitación del Pueblo. Pero hay necesidad de decir a los obreros que lo ignoren y de reiterar a los que lo sepan, que las reclamaciones formuladas ante los poderes públicos por medio de memoriales y manifestaciones tienen una eficacia muy relativa; pues no pasan ni pueden pasar de ser unos atemperantes, unos transitorios y someros suavizadores de la dolencia social, nunca su solución completa, su extirpación radical. Y esto en el caso de que se logre un éxito indudable, mediante la obtención de todo lo que se pidió; lo cual ocurre raras veces.

Los gobiernos, con su pasividad característica, que siempre ofrecen *procurar hacer lo que se pueda,* para ir aquietando los ánimos, mientras el tiempo pasa y nada en limpio se hace; y la burguesía, teniendo en sus manos los resortes de la producción y de la valuación y de la distribución de las riquezas, pueden en cualquier momento, confabulados cual siempre lo están en forma tácita o expresa, invalidar las mejoras muy parcelarias y superficiales, alcanzadas por los trabajadores con no pequeño esfuerzo.

Además, toda mejora que no vaya seguida del deseo y de la petición de otra mejora consecutiva y superior, queda muy pronto nulificada por sí misma, sin la intervención de agentes exteriores que a ello contribuyan. Como es circunstancial, es también efímera; por lo cual está sin remedio bastante cercano el término de su validez y de sus alcances. Si el fin natural de cualquier mejora no tiene conexión con el principio de otra mejora, y así sucesivamente, no hay en realidad mejoramiento alguno; viniendo a resultar poco menos que infecundas para los productores las contiendas sociales, cabalmente por adolecer de intermitentes.

Los obreros deben pedir y pedir sin cesar. Por mucho que pidan de una sola vez, nunca pedirán todo aquello a lo que tienen derecho incuestionable. Ser parcos y remisos en las peticiones equivale a ser cortos en la comprensión de lo verdadero y de lo justo, a la par que menguados en el conocimiento del propio valer y de la propia situación dentro del engranaje complicadísimo de las relaciones humanas. Pocas cosas hay para mí tan tristes como tropezar con un trabajador que no se queja, que no protesta, que no reclama, que a todo se supedita, que se conforma rendidamente con sus humillaciones y estrecheces.

Para que nadie dude ni vacile, para que nadie caiga en confusión ni en negligencia, para que la cuestión quede por entero aclarada, es imprescindible sostener, repetir y recalcar que los mejores y más grandes beneficios, conquistados por los productores, no son ni pueden ser más que *medios* para llegar al *fin*, jalones concatenados del empinado y espinoso camino conducente a las cimas del Ideal. Y el fin, el Ideal, a todos provechoso en conclusión, no es, no debe ser, no puede ser, no será otro que la eliminación del capitalismo, que la debelación de la propiedad particular, causas ostensibles de las guerras, de los crímenes, de los desamores, de las crueldades, de cuantos males nos agobian y desunen y degradan al presente.

Paréceme que los "Gremios Unidos" de Panamá llevan una ruta certera, pues dan señales de haber intuído estas verdades magnas e irrebatibles, y demuestran más cada día que las van asimilando y que quieren concordar con ellas sus procedimientos. Si no se tuercen ni se cansan ni se arredran, podrán ir despertando y elaborando la consciencia de las multitudes proletarias del país; y preparándolas para saber recibir y aprovechar aquí las repercusiones de la colosal avalancha de la Revolución Social que se fragua de prisa en Europa, cuando estalle colmadamente y sus irradiaciones lleguen hasta los últimos rincones del Mundo. Si así aciertan a realizarlo, habrán sido el factor más vital y sano de la sociedad pública, habrán reportado al Pueblo el más alto y apreciable de todos los servicios.

El reparto equitativo de la riqueza es algo que no puede entenderse claramente dentro de la mentalidad que se ha desarrollado bajo el régimen capitalista.

FEDERICO CALVO

Los capitalistas o los partidarios del régimen capitalista, creen firmemente que el sistema de jornales y salarios es equitativo de todo punto de vista. Sostienen que el obrero que recibe un jornal a cambio de ocho horas de faena diaria, se halla relativamente en mejores condiciones que el empresario de un negocio, sobre quien pesan todas las responsabilidades y todas las pérdidas en el caso de un resultado adverso.

Mientras el obrero duerme sin preocupaciones—dicen—el empresario o capitalista las tiene todas consigo, como que él es el eje sobre el cual gira todo el rodaje del negocio. Los argumentos en este sentido son tantos y tan impresionantes, que no es difícil convencer a los mismos explotados que las ventajas del obrerismo sobre el capitalismo son ciertas hasta la evidencia.

Sin embargo, no hay un empresario que haya pensado en cambiar su condición de patrón por la de jornalero o dependiente, ni asalariado que no aspire con todas sus fuerzas a devenir dueño de cualquier negocio que le permita libertarse de la servidumbre pecuniaria, aun a riesgo de correr muchas contingencias y muchos fracasos. El aumento considerable del pequeño comercio y los afanes de la pequeña industria, nos están demostrando que no hay pobre que piense en aprovecharse de las ventajas que le brinda el jornal y la dependencia.

Todavía más: hay gentes que prefieren el hambre y las penalidades antes que someterse a las condiciones explotadoras que les brinda el capitalista. Estas rebeldías, que debieran tenerse en cuenta como la señal inequívoca de un carácter levantado, son consideradas como el exponente de la más condenable vagabundería. Más adelante veremos la razón fundada de este aserto.

El campesino que se aisla del conjunto social y que se esconde en los riscos más apartados para levantar su choza y cosechar los productos para su subsistencia y la de su familia, es un buen calculador que rehuye el contacto de la civilización capitalista con todos sus engaños y todas sus codicias. Empero, se le considera como un animal esquivo, como un inadaptable a las conveniencias de la sociabilidad.

Muchas de las tendencias que han dado en llamarse antisociales, estudiándolas detenidamente y dentro del orden natural, no son sino desasimilaciones muy explicables y actos defensivos del individuo normal delante de una sociedad abusivamente organizada.

Pero no hay por qué detenernos en la infinidad de ejemplos que pudiéramos citar demostrando que el régimen capitalista es esencialmente antisocial. Nos basta por hoy poner de relieve la injusticia del reparto de la riqueza entre capitalistas y trabajadores.

Los empresarios, muchos de ellos honradamente convencidos, ponen ejemplos como éste para demostrar que el proletario bajo el régimen del jornal encuentra mejores rendimientos que trabajando como partícipe en las utilidades del negocio. Supongamos — dicen — que un capitalista emprenda una explotación cualquiera y que en ella invierta la suma de 50 mil dólares; que los obreros que necesita sean 50 y que las utilidades que obtenga en el decurso de un año alcancen a la suma de 20 mil dólares. Si reparte utilidades con los obreros considerándolos como socios en el negocio, entonces no tiene que hacer sino repartirlos por iguales partes la suma de 10 mil dólares, que es justamente la mitad del monto de las utilidades Hecha la correspondiente regla de partición a cada obrero le corresponderían 200 dólares de beneficio, es decir, $ 16.20 mensuales.

Pero si en vez de asociarlos en estas condiciones les paga un jornal diario de dos

dólares, o sean 12 semanales, en las 48 semanas que tiene el año devengaría cada uno la suma de 576 dólares, muchísimo mayor que la de 200 que percibirían como socios del negocio.

A primer golpe de oído el argumento es concluyente; pero basta un poco de atención y de malicia para convencerse de que el sofisma es inaceptable.

Y para demostrarlo vamos a echar mano de otra forma de asociación de mucho recibo entre los capitalistas. Se trata de un

condiciones del capitalista con las del trabajador, a la medida en que se aumenta el número de socios de una empresa; pero lo cierto del caso es que la fórmula de reparto que es aceptable para dos y para tres, también debe serlo para cincuenta, siendo así que la producción también aumenta relativamente.

Pero el capitalista no se aviene con esta equidad, sino en el caso de que el reparto de utilidades no tenga un divisor considerable, pues a la medida en que éste se agranda echa de ver que su condición de capita-

más ventajosa, desde luego que facilita las transacciones y permite el atesoramiento; el intercambio internacional agranda enormemente las oportunidades de la acumulación y el derecho de testar traslada el monopolio capitalista de padres a hijos y de hijos a nietos.

En cambio, las clases obreras del presente son las legítimas herederas de la esclavitud: es verdad que ya no arrastran grilletes visibles, pero su trabajo siempre lo siguen acumulando abusivamente los privilegiados del capital, dándole en recompensa un salario que apenas cubre el costo de las necesidades más apremiantes y una ilusión de libertad que no es comparable en ventajas a la esclavitud del pasado.

Se habla de la libre concurrencia y de las oportunidades del ahorro como la base por excelencia del capital; pero al hablar de este modo no se tiene en cuenta que las oportunidades indicadas son casi negativas, desde luego que concurrir casi inerme en medio del armamento capitalístico es tentativa que sólo por excepción puede resultar airosa; acumular un pequeño haber a fuerza de hambres y privaciones es una tarea que tiene mucho parecido con el suicidio. Y defraudar el propio organismo para ponerse en capacidad de defraudar el esfuerzo de los demás, siguiendo el ejemplo del capitalismo, es anhelo que no debiéramos acariciar los que suspiramos por las igualdades humanas y por el bienestar de los hombres.

Y ya que se ha podido desarrollar una mentalidad viciada que consiente y aplaude el capitalismo, tratemos de desarrollar otra que condene este régimen no por odios ni animosidad, sino por convicciones legítimas y por general conveniencia.

Artes y letras

El señor Dato y los periódicos

(De "El Nuevo Mundo")

Como nota de actualidad, que ha apasionado vivamente a la opinión, recogemos la brillantísima carta que el admirable publicista D. José Ortega y Gasset ha publicado en El Sol, *combatiendo acertadísimamente la desdichada disposición del Sr. Dato, y la repuesta no menos notable que el director de aquel importante colega matutino, D. Manuel Aznar, da al interesante documento del ilustre polígrafo.*

Nosotros, que quisimos y debimos quedar al margen de este asunto, porque la cuestión que se debate entre los diarios no tiene relación próxima ni lejana con nuestro régimen de vida, ni nuestra relación con el público, nos vemos envueltos en el pleito, por inexplicables complacencias y debilidades del señor Dato, que desconoce en absoluto la materia sobre que ha legislado de un modo temerario.

Y puestos en este trance, y reconociendo la razón que asiste a los señores Ortega y Aznar, nos complacemos en hacer llegar a nuestros lectores el contenido de las mencionadas cartas, con el que estamos de perfecto acuerdo.

Admirable carta de D. José Ortega y Casset

Desde Zumaya, donde veranea envía nuestro querido amigo D. José Ortega y Gasset la siguiente magnífica carta:

Mi querido amigo: Cuando yo creía que el señor Dato había vuelto a una insólita cordura en el asunto de los periódicos, viene a buscarme en este rincón cantábrico, donde el **bal** suena, la noticia de que no sólo se insiste en la famosa Real orden, sino que va a ser publicada otra donde más inequívocamente se trata de atentar contra **El Sol**. Después de haber hecho subir todos los periódicos a diez céntimos, se pretende ahora que **El Sol** sea expendido a quince, porque si, por la presidencial gana el señor Dato, presidente del Consejo de un pueblo de envilecidos botokudos.

Hace algunos meses, al comenzar los conciliábulos de unos cuantos directores de periódicos madrileños, tuvo usted la atención de consultarme. Aún no se había dibujado claramente el propósito de desvalijar a **El Sol**. Sin embargo, me permití indicar a usted que **El Sol**, fuera cual fuera la intención de aquellas reuniones, tenía que permanecer vigorosamente fiel a sus ideas y, en consecuencia, no podía aceptar la intromisión del Estado en la vida de la Prensa, no habiendo, como no hay, escasez de papel. otra cosa venía a ser extirpar la libertad de industria, que es en este caso inseparable de la libertad intelectual. Hallé a usted por completo coincidente conmigo; pero aun así, le advertí que era para mí la cuestión de tan íntima importancia, que si **El Sol** no adoptaba esa actitud, yo dejaría automáticamente de colaborar en **El Sol**. He andado demasiados años con los tacones torcidos; he renunciado a demasiadas cosas durante mi vida por defender en mí y en mi derredor la libertad —una de las pocas cosas espléndidas inventadas por el hombre—, para permitir, sin congruas represalias, que venga a amputármela cualquier audaz a quien la inmoralidad de mis compatriotas consiente ocupar por unas semanas la presidencia del Consejo. Toda esta historia de las Reales

órdenes en pro de una Prensa contra otra, es uno de los capítulos más sucios de la sucia historia de España que vamos viviendo. No sólo en el sentido de la clínica política es interesante, sino en otros más hondos sentidos. Viene a prestar nueva comprobación a lo que tantas veces he escrito o he dicho ante públicos muy diversos: que en nuestro país, cuando alguien hace algo un poco mejor que es uso, la España oficial se revuelve airada contra él y se dispone a aniquilarlo. En el admirable libro del helenista alemán Otto Seek, sobre la **Decadencia del mundo antiguo**, hay un capítulo donde el autor describe el proceso radical que descompuso la civilización grecorromana; ese capítulo se titula así: "La aniquilación de los mejores". Bajo el mismo epígrafe podía escribirse la historia de España durante los últimos tiempos. La España oficial se dedica indefectible y metódicamente a triturar cuanto en el área nacional aparece dotado de calidades valiosas. Está interesada en asegurar una selección a la inversa, porque ella, la España oficial, no es otra cosa que la formidable solidaridad de los ineptos. Como decía Chateaubriand, la incapacidad encuentra preparadas en todas partes sus logias fraternales. Esa masonería de la ineptitud es la España oficial, que, como hace mucho tiempo le indicaba yo a usted, acaba en ciertos periódicos madrileños, pero empieza nada menos que en los ámbitos palatinos.

El Sol ha cometido un crimen de lesa España oficial. Sin ser, ni mucho menos, un gran periódico de temple europeo, ha conseguido en tres años crear una fórmula de diario muy superior a las usadas en nuestro país. Ha inventado un nuevo carácter periodístico que facilitan la vida a los periódicos poseedores de máquinas insuficientes. Conviene, para la orientación de futuros historiadores, subrayar el hecho de que en España, hacia 1920, tener una máquina de imprimir buena era considerado como un vicio intolerable, que el Estado debía urgentemente castigar.

Sobre estos aciertos de técnica y material periodísticos ha cometido **El Sol** un delito mucho más grave: ha conquistado lo que los diarios españoles se habían ya acostumbrado a no tener: alguna autoridad. Su arisca independencia —para mi fuero interno, la única cualidad que me importa de nuestro periódico— le ha atraído los odios de todos los impuros, que son, claro está, legión. Pero éste es un punto que requeriría un desarrollo más holgado. Para un aficionado a investigaciones psicológicas resulta labor atractiva explicar la génesis de esta hostilidad contra **El Sol**, que no se detiene ante la Constitución misma. Para que el señor Dato se resuelva a ejecutar el delito que a estas horas supongo consumado, han tenido que aunarse muchas colaboraciones. Por esto es interesante reconstruir una trayectoria del rayo que ahora se dispara contra **El Sol**, analizar su composición y, sobre todo, describir cómo se ha forjado en el seno de la alta nube. Porque, no lo dude usted, amigo Aznar, rayos de este calibre sólo se incuban en lo más alto. Sería, pues, oportuno, que hiciésemos la psicología de la palatinidad.

Vamos a ser villanamente atropellados por el Presidente del Consejo, quien, con su aspecto de hombre que lleva un sirio en una

de que es nuestra España la más floreciente monarquía de botokudos.

Poco podemos fiar de la sensibilidad liberal en nuestro país. Nadie o casi nadie tendrá esa fina piel que en otras razas hace a un individuo sentir las heridas que en su honor civil y en sus derechos radicales recibe. Los políticos llamados liberales asistirán en primera fila a nuestro atropello con evidente delectación. **La Libertad,** periódico en que interviene el señor Alba, se ha apresurado a firmar el proyecto de la nueva Real orden. Luego querrá el señor Alba que tomemos en serio su liberalismo.

No obstante, yo quisiera, al concluir estas líneas, solicitar solemnemente el juicio de dos hombres: el conde de Romanones y D. Melquíades Alvarez. Terceros en discordia, ellos podrían, o convencernos de que padecemos una ceguera —todo es posible— al creer que el Estado no puede intervenir en esta suerte, y en las circunstancias hoy dadas, en la vida interior de la Prensa, o, si piensan como nosotros, ampararnos honestamente en una confabulación de corrupciones, defendiendo las más delicadas libertades, que van a ser en nosotros violadas.

Respuesta del director de El Sol

"Mi querido amigo: Llega a mis manos su admirable carta y me llena de alientos nuevos en el momento más duro de nuestra lucha. Si éste fuera un país de sensibilidad despierta, la carta de usted bastaría para evitar que llegara a consumarse el atropello presidencial contra una Empresa digna, limpia e independiente. En España —¡ya veo que cuanto usted me decía se va cumpliendo!— se mellan contra el cinismo de los que mandan las armas de temple más fino.

Desde la orilla arisca del mar Cantábrico envía usted a los que combatimos bajo este solazo manchego de Madrid su voz magistral, para que nuestro espíritu no caiga en el desaliento. Nunca se lo agradeceremos a usted bastante.

La campaña contra **El Sol** ha llegado a extremos inverosímiles en la insidia. El presidente del Consejo, en su nombre y en representación de la palatinidad, de la más alta palatinidad, ha decidido poner sitio a esta Casa, porque hemos cometido en ella el pecado de permanecer siempre rebeldes a todo halago y a toda cortesanía. Eso he podido deducir de los cien diálogos sostenidos con el señor Dato, cuando todavía confiaba yo en obtener un poco de respeto para nuestra libertad.

Ha reconocido el presidente del Consejo que la razón nos asiste, que la justicia nos acompaña, y que para atropellarnos es necesario dar zancadas sobre la Constitución y rasgar en cruz las leyes todas del reino de Don Alfonso XIII. Todo eso lo ha reconocido el presidente; pero los desmanes y las groseras vejaciones no tienen importancia junto al empeño y el interés de captar la voluntad de casi toda la Prensa.

Seguro estoy de que el señor Dato no hubiera llegado a los actuales límites de arbitrariedad contra **El Sol**, si este periódico no fuese tan altivo y libre como lo conoce España, tan adusto para la vieja política venal y tan hostil a toda suerte de tentaciones palatinas y ministeriales. Nuestra propia honestidad atrae sobre nosotros, en la ocasión presente, los rayos de la alta nube y las plebeyas acometidas de los de abajo.

Hace días adiviné, por una carta del presidente del Consejo, que estaba todo dispuesto para el atropello. Ví que iba a ser burlada la Constitución, que la Presidencia olvidaba la razón y el derecho, que ni siquiera las normas de moral pública serían respetadas. Mi confianza en las leyes y en la justicia a la española desapareció.

Pero supuse que el señor Dato no iría más allá de las barreras que le oponía una palabra de honor. Me la dió hace varios días, cuando yo le expuse todas las razones en que **El Sol** apoyaba su irrebatible actitud. "Yo quisiera —me dijo, no sin rodear sus palabras de tonos patéticos— mostrarle a usted el fondo de mi corazón y de mi pensamiento, para que usted viera cuán lejos de mi ánimo está la intención de producir un quebranto a **El Sol.** Yo le doy a usted palabra de honor de que no se publicará disposición alguna que cause daño manifiesto a **El Sol** o a cualquier otro periódico".

Estas palabras casi me conmovieron, lo confieso. Luego he sabido que ante un Presidente del Consejo cauteloso y frío como el señor Dato, la ingenuidad es la suprema bobería.

Yo tuve confianza plena en una palabra de honor. Quién no la hubiera tenido? Pero me equivoqué. Nunca pude sospechar que tan adelante fuese el encono.

Así hemos llegado al actual momento; el cerco es inevitable.

Yo me alzo contra él, no por temor a su eficacia, sino porque la caballerosidad ha estado ausente en los procedimientos. "Procurad haceros fuertes cada uno —dice Gracián—, y velad por vuestra dicha". He ahí un lema interesante para estos momentos en que todos nuestros enemigos se amparan en el Gobierno para cobrar fortaleza, y la **Gaceta** se dispone a recibir en sus páginas una de las desverguenzas más desgarradas y groseras de la política actual. A usted, maestro de la juventud española, le pedimos que nos siga alentando ahora que va a ser más rudo el choque de esfuerzos y más urgente la intensificación audaz de nuestros trabajos. Seguro estoy de que no conseguirán abatirnos ni dentro ni fuera de la arbitrariedad.

Y convendrá, ya que la lección ha sido ejemplar, vivir en adelante muy prevenidos, vigilar de cerca la palatinidad y la ministerialidad, y —como decía el Prepósito general de los jesuitas, hablando de Baltasar Gracián— "mirarle a las manos, visitarle de cuando en cuando su aposento y papeles, y no permitirle cosa cerrada en él". Tomar, como usted advierte, congruas represalias.

Sabe que le quiere y admira,

Manuel Aznar."

Me dijo y le dije

NEMESIO CANALES

Me dijo:—No hay nada en el mundo mejor que la ilusión.

Le dije:—No hay nada en el mundo peor que la ilusión.

Me dijo:—La ilusión es el almíbar de la vida.

Le dije—La ilusión es el veneno de la vida.

Me dijo:—Dime si tienes ilusiones y te diré si tienes dicha.

Le dije:—Dime si tienes ilusiones y te llamaré desdichado.

Me dijo:—Yo estoy en el mundo porque tengo ilusión.

Le dije:—Yo estoy en el mundo porque no tengo ilusión.

Me dije:—Caramba, amigo, ¡qué escéptico es usted!

Le dije:—Caramba, amigo, ¡qué cándido es usted!

Me dijo:—Si no fuera porque la ilusión me tiñe de rosas las cosas, yo le tendría horror a las cosas.

Le dije:—Si no fuera porque miro las cosas sin ilusión, esto es, sin teñirlas artificialmente de ningún color, las cosas perderían su interés para mí y pensaría en ahorcarme.

Me dijo:—La realidad sin ilusión es horrible.

Le dije:—La realidad falseada por la ilusión es idiota.

Me dijo:—Sin ilusión no habría mujer bonita ni amigo fiel.

Le dije:—Valiente belleza la de la mujer bonita y valiente fidelidad la del amigo fiel, si sólo existen a condición de que se las mire a través de un velo de ilusión.

Me dijo:—Despojarse voluntariamente de toda ilusión es suicidarse.

Le dije:—Taparse voluntariamente los ojos con antiparras, sean del color que sean, es condenarse a no ver, que es algo peor que condenarse a muerte.

Me dijo:—Pero qué saca usted con ver por ahí solamente maldad, sufrimiento y traiciones?

Le dije:—Aunque no sacara más que ver de cerca y en sus múltiples aspectos la maldad, el sufrimiento y la traición, con eso ya tendría. Tan interesante es la maldad como el bien, el sufrimiento como la felicidad, la traición como la fidelidad.

Me dijo:—Calle usted, hombre, el mundo visto de cerca es nauseabundo como una cloaca.

Le dije:—Entonces quedamos en que el escéptico aquí es usted, para quien el mun-

do es una cloaca, y no yo, para quien es un gran espectáculo digno de contemplarse.

Me dijo:—No me convence usted. Si para ser feliz es preciso no ver, prefiero quedar ciego de remate.

Le dije:—No esperaba convencerle. Jamás se convenció nadie en una discusión. Pero conste que si la felicidad de usted es cosa tan efímera y cobarde que la ahuyenta y disipa un soplo de realidad, venga la realidad, y quédese usted con su felicidad, pánfila felicidad que no es más que un embeleco propio para entretenimiento de niños o bobos, y no para hombres. Para hombres llenos de la noble ansia de conocer.

Me dijo:—No blasfeme usted. La felicidad es el fin único de la vida. No hay nada más grande que ella.

Le dije:—El blasfemo es usted. La vida es demasiado grande, demasiado inmensa, para suponerla al servicio de los pequeños anhelos de un hombre o de un millón de hombres. El fin único de la vida es ella misma: vivirla, esto es, sentirla, esto es, descender a sus más hondas simas y subir a sus altos picachos. Somos de ella, de la vida, como la hoja es del árbol, y no ella de nosotros, y el gesto de niñitos mimados con que le pedimos machaconamente frusterías y confites, es absurdo y risible. ¡Estaría bueno que tantas cosas excelsas como vemos y concebimos en las cosas, y más allá de las cosas, no tuviera otro objeto que el muy ruin de hacer resbalar confititos muy almibarados por el paladar de tanto gorila macho y hembra como puebla el mundo!

Me dijo:—De modo que para usted la felicidad no vale nada.

Le dije:—Vale tan poca cosa como su enemiga la infelicidad. La vida no es felicidad ni infelicidad: es realidad. Y puesto que a la vida pertenecemos como la parte al todo, lo más inteligente es, no obstinarse en que ella se adapte a nosotros, sino nosotros a ella, y, por consiguiente, tratar de vivir lo más intensamente posible. Y cómo lograremos vivir lo más intensamente posible? Pues "realizándonos", expresando lo que tenemos dentro, siendo siempre nosotros mismos, y tratando, en fin,, de poner algo de nosotros en todo cuanto hacemos o decimos.

Me dijo:—No me convence usted. Viva la ilusión.

Le dije:—No le convenzo a usted ni vine al mundo a convencer ballenas; pero muera la ilusión, enemiga de la "realización", y por lo tanto, destructora de la vida.

El alba roja

RUBEN DARIO

En 1882 escribía Rubén Darío lo que se leerá a continuación: He encontrado esta olvidada página entre papeles viejos de la Biblioteca Nacional de Costa Rica. Interesante de por sí es lo que bien pudiéramos llamar una profecía.

El poeta, el vate, llegó a entrever la vasta Revolución social y política que con brotes rojos —¡alba! se inicia por todo el orbe.—Alemany.

¡Oh, Señor!..... El mundo anda muy mal: la sociedad se desquicia. El siglo que viene verá la mayor de las revoluciones que han ensangrentado la tierra. El pez grande se come al chico? ¡Sea!..., Pero pronto tendremos el desquite. El pauperismo reina, y el trabajador lleva sobre sus hombros la montaña de una maldición. Nada vale ya el oro miserable. La gente desheredada es el rebaño eterno para el eterno matadero.

¿No ve usted tanto ricachón con la camisa como si fuera de porcelana, y tanta señorita estirada envuelta en seda y en encajes? Entretanto, las hijas de los pobres, desde los catorce años tienen que ser prostitutas o son del primero que las compra.

Los bandidos están posesionados de los bancos y de los almacenes. Los almacenes son el martirio de la honradez; no se pagan sino los salarios que se les antoja a los magnates, y mientras el infeliz logra comer un pan duro, en los palacios y casas ricas los

dichosos se atracan de trufas y faisanes. Cada carruaje que pasa por las calles va apretando bajo sus ruedas el corazón del pobre. Esos señoritos cacoquimios y esos cosecheros ventrudos son los ruines martirizadores ¡yo quisiera una tempestad de sangre! ¡yo quisiera que sonara ya la hora de la rehabilitación de la justicia social! ¿No se llama democracia a esa quisicosa política que cantan los poetas y alaban los aradores? Pues ¡maldita sea esa democracia! Eso no es democracia, sino baldón y ruina.

El infeliz sufre la lluvia de plagas, el rico goza. La prensa venal y corrompida, no canta sino el invariable salmo del oro. Los escritores son los violines que tocan los grandes potentados. El pueblo no les hace caso. Y el pueblo está enfangado y pudriéndose por culpa de los de arriba; en el hombre, el crimen y el alcoholismo; en la mujer la prostitución; así la madre, y así la amante que la cobija.

Conque ¡calcule usted! El centavo que se logra ¿para qué debe ser sino para el aguardiente?

Los patrones son ásperos con los que les sirven.—Los patrones, en la ciudad y en el campo son los tiranos.—Aquí le aprietan a úno el cuello; en el campo, insultan al jornalero: le escatiman el jornal, le dan a comer lodo y, por remate, le violan a sus hijas. ¡Todo anda de esta manera!

Yo no sé cómo no ha reventado ya la mina que amenaza al mundo, porque ya debía haber reventado. En todas partes la misma fiebre; el espíritu de las clases oprimidas se encarnarán en un implacable y futuro vengador. ¡La onda de abajo derrocará la masa de arriba! (La Comuna).

La Internacional, el Nihilismo, eso es poco; falta la enorme y vengadora coalición!

Todas las tiranías se vendrán al suelo: la tiranía política, la tiranía religiosa. Porque el cura es, también, el aliado de los verdugos del pueblo.

El canta su "Te-Deum" y reza su "Pater noster", más por el millonario que por el desgraciado.

Pero el anuncio del cataclismo está ya a la vista de la Humanidad, y la Humanidad no lo ve o no lo quiere ver. ¡Lo que verá bien será el espanto y el horror el día de la ira!

No habrá fuerza que pueda contener el torrente de la fatal venganza! habrá que cantar una nueva marsellesa que, como los clarines de Jericó, destruya la morada de los infames.

El incendio alumbrará las ruinas. El cuchillo popular cortará los cuellos y vientres odiados; las mujeres del pueblo arrancarán los cabellos rubios de las vírgenes orgullosas; la planta del hombre descalzo pisará la alfombra del opulento y el cielo verá, con tenebrosa alegría, entre el estruendo de la catástrofe redentora, el castigo de los altivos malhechores y la venganza suprema y terrible de la miseria borracha.

El estado, cómplice

ANTONIO ZOZAYA

Amy Dorrit (seudónimo de una compañera en letras e ideales) nos ha informado del acuerdo del Congreso sufragista celebrado en Ginebra, oponiéndose a toda reglamentación oficial de la trata de blancas. En verdad, el Congreso no ha hecho sino ratificar las conclusiones de todas las asambleas científicas y de todos los centros de estudios sociales. Y aún no hace mucho tiempo, un ilustre escritor nos explicaba el proceso ideológico que ha acabado por condenar resueltamente un sistema que los Gobiernos consideraban profiláctico, y que en varias naciones ha abandonado, como corruptora y vergonzosa, la representación del Poder público.

En Heidingsfeld **(La regularización)**, en Berault **(La maison de tolerance)** y en Havelock Ellis **(Psicología sexual)**, se encuentran datos interesantes para el estudio de este magno problema. En el primer cuarto del siglo XVIII, Mandeville **(Modest defense of Publick Stews)**, fue quien, por primera vez, propuso la reglamentación del vicio en las ciudades; pero fue tenido justamente

por loco hasta que Napoleón, ochenta años más tarde, se encargó de llevar su sistema a la práctica. Pero la nueva civilización va condenándolo en todas partes, desde que Inglaterra anuló, en 1882, las leyes vigentes en la materia, y Paúl y Víctor Margueritte declararon que el principio de la reglamentación es bárbaro en sus principios e ineficaz en sus resultados. En Francia todo el mundo lo combate ya por inútil; en Alemania, la lucha contra él ha sido dirigida por personas competentísimas, y a su cabeza Blaschko, de Berlín. Idéntica campaña hace Gottheil, de Nueva York. En Zurich, la abolición de la reglamentación es completa, a pesar de lo cual la moralidad nada tiene que envidiar a la de otros países. Un imparcial observador, Félix Remo **(La vida galante en Inglaterra)**, afirma que, a pesar de la libertad que allí reina para el vicio, Londres es una de las capitales más morales de Europa, conclusión bien distinta de la que parece deducir el señor Llanas Aguilaniedo **(La vida mala en Madrid)** en este pueblo de minucosas reglamentacones e hipócritas pudibundeces.

La inicua reglamentación del vicio obedece a una errónea y torpe teoría: la de los males necesarios, y a una nosomántica social absurda, que supone que la legislación puede curar todos los males por arte sublime y maravilloso. "Ya—dice desenfadadamente— que no se puede evitar la corrupción, vamos a vivir de ella". Y otro tanto hace con el juego, el tabaco, el alcohol y la fabricación y venta de armas traidoras. Se dice que todo ello es para disminuir los perniciosos efectos de los vicios; pero la práctica nos demuestra que lo que hacen estas leyes es favorecer la trata de blancas, el desorden y la criminalidad. No disminuyen la corrupción, porque la privada excede en seis veces a la reglamentada oficial; pero, en cambio, favorecen la explotación de la bestia humana.

Lectora discreta: no te asustes del tema ni de las palabras si tienes hijas a quienes preservar de una infausta caída. La moralidad de las cosas no está en las frases, sino en su fondo. Joven adolescente: sigue leyendo también tranquila; nada hallarás que atente a tu inocencia y que no esté inspirado en un puro ideal de casta honradez. Además, la mayor parte de las culpas lo son por ignorancia, y lo peor que puede acontecer a una mujer es eso: ignorar.

Una infeliz obrera, sin amparo ni guías, que, salvo excepciones honrosísimas, no escucha en el taller, de labios de sus compañeras, ni a veces de los de sus jefes, sanos consejos, sino incitaciones a la corrupción; una joven cualquiera, sobre la cual no pueden sus padres o guardadores ejercer la debida vigilancia por sus ocupaciones y agobios, es cercada por todas partes por las abominables **celestinas**. Alguna vez, deslumbrada en medio de su miseria por la ajena alegría, va a un baile público, y allí encuentra a una mujer astuta que emula las artimañas de la **Brígida** del **Tenorio** y de la **Señá Isidra** de **Juan José**. En sus oídos deslizará las más halagüeñas promesas, y la debilidad y la inexperiencia de la niña quedarán a merced de la miserable corruptora. Todo el mundo presenciará la vil escena de sugestión y ninguna autoridad cuidará de evitarla; para eso paga **Celestina** patente. Pocos días después pasará a la menor inexperta en un carruaje de alquiler, pregonándola como una mercancía. ¿No es una industria? Al cabo de un año, explotada y ajada la víctima, que, indefectiblemente, le es deudora de sumas enormes, a que se hace elevar el importe de sus trapos y cintas, la traspasará, como un puesto de baratijas, o la venderá, como una esclava; y así irá rodando por la pendiente, marchita, explotada, abofeteada por borrachos y enfermos, hasta morir en un hospital o en un desmonte, o quién sabe si en el patíbulo, como la heroína de **El asno muerto**. Todo al amparo de la ley. Y si la pobre mujer se escapa, se la procesará por hurto de ropas (las que lleva encima) e irá a la cárcel, a aprender el **argot** del crimen y a perder la postrera esperanza de regeneración.

Pero se nos dice que, en cambio, están más seguras las personas decentes. Mentira. Los hombres habituados al desenfreno huyen del matrimonio y no respetan a las mujeres. La facilidad con que pueden realizar sus antojos les hace menospreciar los más puros afectos y les expone al mismo tiempo a las más vergonzosas decadencias. Se quiere alegar que la corrupción clandestina será mayor. Ahí están muchas poblaciones pequeñas en que no hay reglamentación ni vicio oficial, ni falta que hace, para demostrar lo contrario. Pero aun cuando todo esto fuera verdad; aun a trueque de facilitar el desorden de los expertos en el vicio, todo estaría compensado y al dificultar la corrupción de los inocentes y al proscribir esa infame trata de blancas, que no podrán combatir con éxito todas las asociaciones del mundo, mientras el Estado la favorezca y reglamente.

He aquí la verdad proclamada por el

Congreso de las señoras de Ginebra. Grito de piedad que no querrán escuchar acaso las damas farisaicas, que se asustan de las palabras y no se escandalizan de la explotación de que son objeto millares de niñas inocentes, y en quienes un necio gregarismo ha extinguido el instinto de humanidad, las cuales seguirán despreciando e injuriando a las pobres víctimas de una criminal reglamentación, cuando las vean en las esquinas, ateridas de frío, en vez de decir para sus adentros, pensando en que ellas también son mujeres y han podido ser lanzadas al fango:—¿Quién sabe cuánta inmerecida miseria, cuántos corruptores ejemplos, cuántas tentaciones amparadas por la autoridad, cuántos sufrimientos y vergüenzas ha sufrido y sufre esa pobre mujer!

Un pastor francés, escultor

Traducido por FRANCISCO A. FILOS

(Del "Literary Digest")

El advenimiento a la fama de un pastor francés, escultor, Paul Dardé, sugiere a varios críticos la legendaria belleza de una leyenda de la idílica Grecia. Dardé es un hombre alto, de fuerte contestura, barbado, de treinta y dos años de edad, que obtuvo el premio nacional de la Exposición para 1920 por su admirable trabajo, "Le Feune", el cual ha hecho pensar a muchos de sus admiradores que en Dardé tiene París otro Rodín. Dos años ha, Dardé era un pastor en su comarca nativa de Cevennes y empleaba las horas en que nada tenía que hacer, salvo vigilar sus ovejas, en esculpir modelos en madera con su cuchilla. Refiriendo la historia de su ascenso de la oscuridad a su actual posición, que es el tópico del día en los círculos franceses de arte, el corresponsal en París del "Morning Post", periódico londinés, cuenta que un grabador que vivía en la misma vecindad del joven Dardé vió por casualidad un pedazo de piedra esculpido por éste con una limpieza y un acabado tales que excitaron su curiosidad y aumentaron su admiración. Logró ganarse la confianza del pastorcito y éste le permitió ver varios de los trabajos de escultura que había hecho "con herramientas que recuerdan la edad de piedra". El grabador escribió acerca del brillante joven al Departamento de Bellas Artes en París, y uno de los inspectores, el señor Armond Dayot, se impresionó tanto con los informes acerca del joven artista que no había recibido lecciones de ninguna especie, que resolvió ir a verlo. En 1912 Dardé entró como alumno de la Escole des Beaux Arts (Escuela de Bellas Artes) en París, y después de una visita a Italia regresó a la capital francesa en la cual pasó ocho días en el estudio de Rodín y de aquí se retiró nuevamente a Cevennes, en donde produjo una bellísima cabeza de mujer titulada "L'Eternelle Douleur". Su estatua de "Le Faune", que obtuvo el premio nacional, es un enorme personaje sentado descansando la barba en una mano y "con una fantástica sonrisa de sabiduría pagana que recuerda irresistiblemente al inmortal Pan!". Se asegura que los cincuenta y ocho miembros del Consejo Superior de Bellas Artes, que adjudicó a Paul Dardé el premio al arte más codiciado, llegaron a esa resolución por unanimidad. Un escritor en el Gaulois nos dice que el método de Dardé en la escultura es el método de Praxiteles y de Miguel Angel, y explica que:

"Desdeña la arcilla y esculpe sus ideas directamente en la piedra con un martillo y un cincel que maneja con una seguridad que asombra. El equilibrio de su figura, la variedad de sus planes y el análisis de los movimientos de la forma humana parecen ser para él simple juego de niño".

Maravillosa cual una leyenda de los tiempos pasados es la historia de este joven escultor, quien con verdadero genio, sin conocimiento alguno de las diferentes escuelas, métodos ni estudios, obtuvo el premio nacional de la Exposición con el primer esfuerzo, e inesperado e inadvertido saltó de la oscuridad a la fama. Paúl Dardé es un hombre que hasta ahora permanece desconocido, al menos para el público en general. Sólo en los estudios de los grandes maestros se oye hablar de él, y cuando lo hacen es con tanto respeto que induce a pensar que tal vez los únicos hoy día que no celan los méritos de otros y que tienen alma altiva e indulgente para alabar la belleza esculpida con martillo y cincel por sus camaradas y

rivales, son los artistas. Ellos os dirán que Dardé es un joven salvaje que pasó por la Ecole des Beaux Arts con la celeridad de una bala de cañón, permaneció ocho días en el estudio de Redín y de aquí voló nuevamente a sus montañas nativas. Os dirán también que es una extraordinaria personalidad de un talento sin rival quien, lo admiten gustosos, puede dejarlos en la nada en el momento que desee".

Una polémica entre Max Eastmann y Romain Rolland respecto al papel de los intelectuales en la cuestión social

Mi querido Romain Rolland:

Débole una respuesta a su gentil nota de Abril y a la declaración que usted tan cortésmente transcribe. Si yo hubiese podido unirme a usted en esa declaración, hubiera contestado de inmediato, más no pudiéndolo hacer, he esperado disponer de tiempo para explicar el motivo.

La explicación es difícil, porque mi discrepancia con la declaración de usted es tan radical que hace difícil la crítica de los puntos particulares. Poseo una sensación semejante a la que tendría si debiera explicarle por qué habito en otro planeta.

En primer lugar, filosóficamente me resulta imposible hablar de "intelectuales" y del "Espíritu" como usted habla. Me parece absolutamente anticientífico decir: "El Espíritu no tiene amos. Nosotros somos los esclavos del Espíritu. Nosotros no tenemos otro amo. Fuimos creados para conducir y defender su luz y para reunir en torno a ella a todos los hombres desviados". Quizás esto dependa de mi educación adquirida en las Universidades americanas, conforme a los principios de la "teoría pragmática del saber", pero creo, más bien, que esto depende del hecho que yo pretendo que al sonido de las palabras le corresponda un significado exacto, preciso. El Espíritu, con abstracción de toda aplicación a propósitos prácticos, si existiera tendría una importancia moral y social pequeña o nula. La lógica matemática y los diversos sistemas de geometría superior son sus preocupaciones características en la esfera de la verdad general y en las ciencias de los hechos particulares un hombre puramente espiritual sería, en muy poco, superior a un tonto. Además, cuando el Espíritu reconoce los valores y propone fines humanos prácticos, no existe en él nada que sea esencialmente democrático o revolucionario o únicamente social y caritativo. Puede ser completamente capitalista o conservador, sin dejar de ser Espíritu. De modo que entiendo que en vuestra reacción contra las insanas perversiones del intelectualismo, del cual se ha hecho culpables los patriotas exaltadores de la guerra, usted ha hecho de la intelectualidad abstracta un ideal mucho más vasto y soberano que aquel que se conforma a la realidad. Yo quisiera casi arriesgarme a decir que usted no alude propiamente al Espíritu cuando lo escribe con mayúscula, sino al Espíritu puesto al servicio de ciertos fines ideales, que usted ha elegido. Yo creo que es sobre la **elección** que usted quiere insistir, si bien usted se ilusiona con este lenguaje platónico.

En segundo lugar, me resulta moralmente repugnante hablar de mí mismo, y observar a usted y a sus compañeros que hablan de nosotros como de "intelectuales" y concebidos como miembros de una clase separada. En las mismas frases con que usted condena "las castas", el uso que hace de la palabra "nosotros" me sugiere la idea de un culto superior. En nuestro artículo de la revista "Foreign Affairs", presentando la declaración de usted al pueblo inglés, hablan de la desgracia de una "división entre el pensamiento superior y los trabajadores". Yo no puedo pronunciar esa expresión "pensamiento superior". No es más elevado pensar ideas abstratas que cosas concretas, aunque esto pueda ser más interesante para algunos. Al contrario, cuando este pensamiento tiene un tono de presuntuosa superioridad e importancia, es mucho más bajo desde el punto de vista de la moralidad social. Platón, que ha sido el padre del culto del intelectualismo y que dió de éste una justificación específica, afirmando que las ideas son efectivamente más reales que las

cosas, se mostraba, no obstante, cada vez más consciente de lo absurdo de sus proposiciones. "Esos amigos de las ideas", decía, aludiendo a sí mismo y a sus secuaces, "están ellos mismos afectados de una especie de locura". Yo creo que todos aquellos que se encuentran imbuidos por la conciencia de su intelectualidad, deberían tener muy en cuenta ese escepticismo pragmático e irónico que salvó a Platón impidiéndole que se convirtiera en un pequeño presuntuoso apartado de los instintos naturales de los hombres.

En tercer lugar, después de haber reconocido que el problema que nos proponemos es un problema de selección de valores, y que el "Espíritu" puede ser puesto al servicio tanto de aquellos que optan por la tiranía y la reacción nacionalista como de aquellos que optan por la libertad y la democracia internacionalista, y después que nosotros, de nuestra parte, hemos optado por la libertad y la democracia —entonces, en realidad, el Espíritu nos plantea una pregunta.— Puesto que existe una ciencia que consiste en una serie de hipótesis relativas al método con la cual ésta nuestra selección, debe ser realizada en el mundo actual, esa ciencia es una de las más claras y ardientes obras de la mente humana. Es la ciencia fundada en el Manifisto Comunista de 1848, la ciencia de la revolución basada sobre la interpretación económica de la historia. Y casi el primer postulado de esa ciencia por cuanto se refiere al tiempo moderno, sienta que si queremos obtener libertad y democracia para el mundo, debemos colocarnos, con todas nuestras fuerzas y sin reservas de ninguna especie, de parte de la clase trabajadora en su lucha contra los poseedores del capital. Nosotros debemos adquirir, por lo menos, en lo relativo a este problema social, una mentalidad combativa y empeñar una consciente lucha de clases. Esto es, en mi entender, el mandamiento de lo que tiene de mejor el Espíritu —o sea lo más científico— a los que han elegido por meta en el mundo, la libertad y la democracia. Y así cuando le veo murmurar sin reservas contra los hombres que han convertido el pensamiento en un instrumento del interés egoísta de una clase y cuando oigo decir: "Nosotros conocemos el Pueblo. lecto dispone en ese idealismo de una dosis mayor a la que realmente dispone.

Usted mismo ha denunciado severamente a "los intelectuales" del mundo por haber "abdicado" de su independencia, aunque creo que sería un alivio para su alma de usted si se percatase que los intelectuales no poseían independencia alguna. No existe una clase independiente de cintelectuales, así como no existe una clase independiente de mercaderes de estopa. Ciertamente existen individuos excepcionales en todos los oficios —individuos capaces de sacrificio personal por la causa de la humanidad.— Pero los más eminentes mercaderes al por mayor y al detalle de mercaderías intelectuales, disponen, en conjunto, de posiciones capitalistas y nacionalistas, y no sólo obraron en consecuencia durante la crisis de 1914, sino que obrarán del mismo modo en toda crisis mientras el capitalismo no sea destruido por los trabajadores.

No tendría tampoc confianza en algunos de los hombres y mujeres, cuyas firmas se hallan al pie de vuestra declaración —aunque yo los considere nobles y generosos— cuando en sus respectivos países se llegara a la realización de hechos grandes y definitivos en la lucha entre capitalistas y proletarios. Tendría más confianza en los ignorantes. Aparte de la presión que sobre ellos ejerce la fuente de sus rentas, la misma cultura y riqueza de saber que poseen ejerce, de suyo una influencia conservadora. Integra a ésta una serie de hipótesis que han logrado éxito en el pasado y ella les predispone a aferrarse mucho más a lo pretérito que aventurarse a un porvenir tan profundamente diverso y cuya vanidad está implicada en el enunciado de esas mismas hipótesis.

Por una revolución efectiva la sabiduría es transformada en ignorancia, así como la riqueza se transforma en pobreza. Corrobora este aserto la tendencia contrarrevolucionaria de muchos intelectuales que creyeron estar de parte del proletariado.

Aun el mismo Máximo Gorki —un intelectual proletariado si hubo otro igual— aceptó la dura realidad del gobierno proletario, único que puede hacer nacer una sociedad libre, después de largas y peligro-